

PÁGINAS LITERARIAS

Chela

Yo no sabría decir qué raro presentimiento precedió en mi ánimo á la llegada del último correo de mi país.

Seis cartas formaban de esta vez el corimbo de frases cariñosas con que, desde allá, los afectos más puros procuran hacer menos amargo el quebranto de la ausencia. Una á una fueron cayendo en mi corazón las delicadas flores de aquel benéfico ramillete cuyo aroma he aspirado con ansiosa inquietud: el ruego conmovedor de mi madre que reclama mi retorno al hogar; la súplica instante de Luisa que me llama á su lado con acento pasional; la voz robusta y vibrante de «Billo», el compañero incomparable que me dice: «No te abandone la esperanza; que el valor no te falte», y el fraternal acento de dos ó tres amigos más que me hablan en el plácido rumoreo de su cariño de las horas más hermosas de mi vida.

De tan amable concierto he sentido desprenderse una nota sorda que me ha llenado de pesadumbre: «Cuando vuelvas á Costa Rica, me dicen, ya no encontrarás á Chela, murió antier...»

* * *

Como sus hermanitos no acertaban á articular su nombre en forma—Graciela—optaron por decirle sencillamente «Chela», y así la llamábamos todos.

Contaba no sé si ocho ó nueve años; en sus ojos vagaba un verde inexacto y muy gracioso; las orejillas, cogidas entre la miel ensortijada de unos cabellos rubios, parecían dos «chinas» color rosa, recién cortadas del jardín y colocadas simétricamente bajo las sienas; de ordinario usaba traje de gasa lila que le venía muy bien.

La ví por primera vez en el jardín de su casa, por el barrio Amón, en una mañana de diciembre, hará un año. Estaba acurrucada, en actitud de atisbo, junto á una cepa de pacayas.

—Estoy esperando á que llegue el viento, le voy á dar un pinchazo con este alfiler; quédate y verás como le hago gemir.

—Pero, tú ves el viento?

—Verlo, no, pero lo siento y lo oigo.

—Y cómo crees que sea?

—Me parece que debe tener una cara horrible, como la de aquel policial que me amenaza con su látigo cuando subo al zacate en los parques de Morazán; y es muy cruel, figúrate que tumba los ramos de claveles y las gladiolas, deshace las rosas, despedaza los niditos de los pájaros y hecha polvo sobre las personas. Yo no le quiero y por eso le hago daño, á ver si no vuelve.

A poco pasó una racha silbando por entre las pacayas.

—Ves?, va quejándose, debo haberlo pinchado algo fuerte.

Durante el día costaba sustraerla al rincón del corredor en que se hallaba un enorme filtro de granito.

St! St!, hacía llevándose el índice á los labios, no me interrumpas, estoy oyendo conversar las gotas de agua, conversan cantando, escucha: din... don... din... entiendes? Si tuviéramos unos cuantos filtros esto sería una orquesta! St...

Ahora, Chela descansa ya en el cariñoso regazo de la tierra.

Su gentil fisonomía se alza hermosamente en mi pensamiento para conmoverlo una vez más, para decirme que fué ella quien puso en mi corazón una de las emociones más intensas y más fuertes, de esas que hacen pensar mucho y sentir más.

Os voy á referir el caso.

Instigados por la grito infernal de sus camaradas, dos escolares se dispusieron á trabar riña á la salida de clases, eligiendo para desarrollar sus bélicos empeños el antro que oculta el Puente de la Fábrica, en la Avenida